



14

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL TEATRO DEL PROGRESO

EL 5 DE MAYO DE 1879,

POR EL CIUDADANO

**LIC. RAMON TREVIÑO,**

ORADOR NOMBRADO POR LA JUNTA PATRIOTICA

DE ESTA CAPITAL.

MONTEREY.

IMPRESA DEL GOBIERNO EN PALACIO,  
A CARGO DE VIVIANO FLORES.

1879.

### CONCIUDADANOS:

La aureola refulgente de la gloria, conquistada por los valientes soldados de Zaragoza en los muros de Puebla, el 5 de Mayo de 1862, se dibujó en el purísimo cielo de la Patria, como sol esplendoroso, que ni ha tenido, ni tiene, ni tendrá ocaso.

**V**ENGO aquí, como otras veces, á ocupar este distinguido lugar obedeciendo gustoso un acuerdo de la junta patriótica de esta capital, que se sirvió encargarme que os dirigiera la palabra en este gran dia de la Patria. No me falta voluntad para dar el lleno debido á esa honrosa comision, ni me falta patriotismo para desear cumplirla debidamente, me falta solo la inteligencia necesaria para hablar de una manera digna delante de un auditorio tan escogido y tan inteligente como el que me escucha, de la gloriosa jornada que hoy conmemoramos; pero si á mí me falta facilidad para espresarme, si mi discurso tiene que ser necesariamente rudo y sencillo, porque no puede vestir las preciosas galas que presta la Oratoria, á vosotros os sobra en cambio indulgencia; y yo os suplico que me la otorgueis para que me escucheis benignos. Sois mexicanos, y esto me basta para estar tranquilo, porque los mexicanos dispensarán la pobreza del estilo, siempre que se les hable de las glorias de la Patria.

Apénas comenzaba la hermosa perla del continente americano, nuestra querida México, á restañar las profundas heridas, que su pecho habia causado la terrible lucha

que sostuvo contra el fanatismo y el retroceso. Empezaba apenas á saborear los frutos de su preciosa conquista, dirigiendo sus lánguidas miradas de uno á otro extremo de nuestro territorio para contemplar satisfecha que en todas partes se levantaban estatuas á la libertad, y se entonaban cánticos de alabanza, celebrando el triunfo del pueblo, y esos armoniosos cánticos comenzaban á arrullarla dulcemente para hacerla soñar una próxima era de ventura y de dicha para los mexicanos, cuando vino á sacarla de su éxtasis un ruido sordo y extraño, que se dejaba sentir hácia las aguas del golfo. ¿Qué causa producía aquel rumor extraordinario? ¿Quién se atrevía á inquietar á la sultana del Anahuac, robándole sus sueños de oro?

Eran los empavezados bajeles de tres de las Naciones mas poderosas de Europa, que venian en son de guerra á nuestras playas, enviados en virtud de la célebre convención verificada en Lóndres el 31 de Octubre de 1861, entre Francia, España é Inglaterra, con algunos desnaturalizados hijos de México, que no pudiendo resistir el brillo rutilante del sol de la libertad que nos alumbraba, habian ido bajo pretextos vergonzosos y ridículos á mendigar un monarca extranjero para la Patria de Hidalgo, para vivir ellos como buhos en la tierra de Guatimoc.

Las olas del Golfo, como si comprendiera la magnitud de la injuria que se hacia á nuestra patria, recordando á su manera que con su manso murmullo habian arrullado el sueño de nuestros mártires de la libertad, se sintieron heridas de muerte por las quillas de aquellos bajeles, y emprendieron con ellos una lucha de titanes, como para sepultarlos en la noche tenebrosa de los siniestros, sin darse cuenta de su razon de ser.

Esa lucha, pues, produjo el ruido tenebroso que vino á sorprender á la Patria en sus mas amorosos soliloquios. Los dioses que preciden las tormentas, convencidos de la justicia de la hermosa México, hacian esfuerzos supremos porque sus enemigos no tocaran á sus puertas; pero ella, apereciéndose de lo que acontecia, se levanta ma-

gestuosa y digna en medio de su misma debilidad, y dando una desdeñosa mirada á sus poderosos enemigos, se rie sarcásticamente de su osadía, los desprecia y se dirige á sus buenos hijos, para darles cuenta de la calamidad que le amenazaba y para pedirles su poderoso auxilio, que la sacara avante del difícil predicamento en que los deseñados la colocaban.

Si me fuera dado, conciudadanos, manejar el pincel de Apeles ó de Miguel Angel, yo os presentaría un hermoso cuadro en que se destacara la bellísima figura de la Patria en los momentos de admitir el reto, que tres naciones poderosas del antiguo mundo venian á hacerle de la manera mas inusitada y faltando á las reglas mas triviales del derecho de gentes; si pudiera manejar la palabra con la facilidad y galanura de Guillermo Prieto ó de Vigil, os describiria extensamente ese cuadro imponente y sublime en que nuestra adorada México, irguiéndose, como el leon herido, contempló tranquila las numerosas huestes que llegaban á sus playas, y sin medir el peligro, sin contar á los enemigos, y consultando solo á su honra y á su dignidad de Nacion independiente, llamó á su derredor á sus hijos leales, y se aprestó á la lucha.

Ese llamamiento no fué estéril, la voz de la Patria se dejó oír en todas partes, así en las populosas ciudades como en las mas apartadas cabañas, y pronto, muy pronto, los que habian defendido la libertad contra la odiosa tiranía, los que habian sostenido esa lucha tenaz con el fanatismo en la famosa guerra de tres años, y todos los que sintieron bullir en sus venas la sangre de los mártires ilustres de nuestra independencia, corrieron con la velocidad del rayo á alistarse en las filas de la Patria, listos para combatir por ella, y decididos á triunfar ó á perecer con gloria defendiendo el honor nacional.

En esta situacion, dos de las naciones aliadas comprenden, que venian representando el papel de verdugos en la tragedia que trataba de poner en escena en México el autor de la idea de la convencion, el famoso Napoleón III,

se convencen de que no habia razon para entrar en son de guerra á nuestro territorio y se dan á la vela, quedando solo para acometer la empresa el ejército del Emperador de Francia.

Se trataba de cometer una injusticia sin nombre, de subyugar á un pueblo libre, por satisfacer la sed de oro y de mando del déspota del Sena, halagando á la vez las ridiculas y bastardas ambiciones de unos cuantos malos mexicanos, dije mal, al llamarlos mexicanos, y quienes suponían imposible la vida sin la cómica y grotesca farsa de pergaminos y de títulos, de prerogativas y de fueros, adquiridos por derecho divino. Para llevar adelante este proyecto se quedó en nuestras costas el ejército frances.

México, que no habia palidecido ante la presencia del ejército de las tres naciones aliadas: que habia levantado el guante que se le arrojaba para mostrarse digna ante el mundo, no podia temer al ejército de Napoleon, y se aprestó al combate, con la fé en el corazon, con la conciencia del que defiende sus mas sagrados derechos.

Esa guerra, sin preliminares, esa guerra sin *ultimatum* era una violacion flagrante del derecho de las Naciones, que solo probaba el insolente orgullo del poderoso contra el débil; pero antes de que ella diera principio, parece que la naturaleza se encargó de castigar con sus plagas todas á los que en tan poco tenian la autonomia de un pueblo independiente, y el vómito y el tifo comenzaron á diezmar el ejército frances.

La necesidad, el deseo de la propia conservacion, coloca al Gefe de los invasores en la precision de pedir á México un lugar sano para sus tropas, miéntras pasaba la estacion mortífera.

México, que siempre ha sido magnánimo por organizacion, puede decirse, no quiso aprovechar aquella circunstancia favorable que se le presentaba para concluir con sus enemigos. Comprendió que mas honroso le seria dejarlos vivir á todos para vencerlos despues en buen terreno, y mandó al efecto un inteligente diplomático, que arreglara

la manera de que sus adversarios se pusieran al abrigo de la calamidad que los diezaba, y en virtud de los arreglos que con ese eminente ciudadano tuvieron lugar, pudieron ocupar una parte de nuestro territorio, avanzando hasta mas acá de formidables posiciones que les hubiera sido muy difícil disputar.

¡Severa leccion que se daba á un enemigo que afectaba desconocer el derecho de gentes!

En el terreno de la diplomacia estaban vencidos los emisarios del déspota frances; mas como no debian cejar ante consideracion ninguna, burlando los pactos y siguiendo solo sus propósitos de invasion, avanzaron sobre las posiciones que ocupaba nuestro ejército.

¡Menguados! creyeron sorprender á nuestros nacionales. ¡Cuanto se equivocaron y que caro pagaron su error!

Es cierto que en virtud de los tratados de la Soledad, los franceses tendrian que volver á sus antiguas posiciones para emprender contra México sus operaciones militares, si es que tenian que emprenderlas. Este era el pacto; mas el ínclito Juárez, que regia los destinos del país, temiendo que los invasores faltasen á lo convenido, por aquello de que el fuerte siempre encuentra disculpa para sus aberraciones, estaba en guardia, y encomendó el mando del Ejército Mexicano al ilustre fronterizo Ignacio Zaragoza, celoso guardian de nuestras libertades, y quien debia velar por el honor nacional; de consiguiente, cuando los franceses, faltando á sus compromisos, violando la fé de los tratados, avanzaron sobre el interior del país, encontraron á su paso un ejército aguerrido y resuelto que le disputaba palmo á palmo nuestro territorio. Si á ese ejército le faltaban municiones de guerra, le sobraba amor patrio para defender la honra del país.

Muy pronto el ejército que mandaba el General Laurencez se hallaba en las goteras de Puebla. El inmortal Zaragoza defendia aquella plaza con un reducido número de valientes; pero cada soldado era un héroe, porque peleaba por la libertad de su patria. Laurencez se aprestaba á la

batalla y los vencedores de cien combates se pavoneaban al frente de los muros de la ciudad invicta, como presagiando su próxima victoria.

El General Zaragoza, inspirado por el santo amor á la Patria, revistiéndose del carácter de superioridad que también sabía manejar en las ocasiones solemnes, habla en estos ó en semejantes términos á sus soldados. “Compañeros de armas, soldados de la República, ese insolente ejército, que con sus bayonetas toca á las puertas de esta ciudad, trae en sus banderas la deshonor para la Patria ¿permitiréis que pase los muros, que avance dentro de nuestras trincheras? ¿consentiréis acaso en que conquiste hoy una medalla mas para ostentar en su pecho? Imposible, mis compatriotas, antes que permitir la profanacion de nuestros lares, debemos sucumbir con gloria, prefiriendo la muerte á la ignominia. Soldados de la República, sois mexicanos, y por solo esto debeis ser valientes, probad al mundo, que los descendientes de Guatimoc mueren como héroes, pero no se humillan nunca.”

Estas entusiastas palabras del caudillo de los independientes, fueron contestadas en coro por sus valientes subordinados con hurras á la libertad y á la independencia nacional. Cada soldado se sintió un semidios. Aquel puñado de valientes era invencible.

Se esperaba solo la hora del combate para demostrar de cuantos prodigios es capaz el patriotismo.

Amanece el 5 de Mayo de 1862, el sol como si quisiera exhibirse ese dia con mayor claridad, se levanta de su lecho cual un inmenso—topacio, engastado en rubíes. Su luz indeficiente comienza á dorar los campos de esmeralda de las cercanías de Puebla: pero refleja á la vez con luz siniestra las armaduras de los sitiadores.

Entónces, como avergonzado de alumbrar aquella escena, prefiere ocultarse y negros nubarrones comienzan á entoldar el hermoso cielo azul de la heroica ciudad.

Laurencez, envalentonado con las renombradas glorias de su ejército veterano, dispone la batalla, lanza sus fuer-

tes columnas sobre los muros de Puebla, da sus órdenes con la seguridad del que manda una maniobra militar y espera tranquilo poder comunicar á su señor la ocupacion de una de las principales ciudades de México, de la llave, por decirlo así, que le abriria las puertas de la capital.

Mas que desengaño tan terrible para ese arguloso Gefe, el ejército frances, haciendo alarde de su disciplina, se precipita de una manera terrible sobre las trincheras, que defendian nuestros nacionales; pero si bizarro fué el empuje, mas heroica fué la resistencia, pues bien á su pesar comprendieron luego los soldados de Napoleon, que luchaban con un ejército de héroes, y abandonaron el campo que dejaron cubierto de cadáveres.

Apénas podia Laurencez darse razon de lo que pasaba, le parecia una impostura lo que sus ojos estaban presenciando, y haciendo esfuerzos sobrehumanos, reúne los restos de sus tropas, y dos veces mas asalta las trincheras, y dos veces mas tiene que correr el ejército invasor para librarse de la justiciera espada de los valientes mexicanos.

Los entusiastas vivas á México que en todos los fuertes de Puebla, lanzaban nuestros valientes reclutas, al contemplar que el ponderado ejército frances hufa ante su actitud resuelta, marchitando así los laureles conquistados en cien batallas, anunciaron al mundo entero el triunfo de la causa santa de un pueblo libre contra sus injustos invasores.

Y aquellas célebres palabras de Zaragoza, trasmitidas por telégrafo el 5 de Mayo de 1862 al Presidente de la República: “Los zuavos corren, los cazadores de Vincennes dan la espalda,” fueron el poema mas sublime y compendiado de aquella célebre jornada.

Esas palabras querian decir, el honor nacional está vengado, querian decir todavia mas, aquí teneis la prueba mas palpitante de que ante la actitud valerosa y resuelta de un pueblo libre, que defiende su dignidad y su autonomia se tienen que estrellar siempre los esfuerzos de los ambiciosos que pretendan subyugarlo por numerosos que ellos sean.

Esa profesfa del caudillo valiente del Pueblo, del Gran Capitan Ignacio Zaragoza, vino á confirmarla mas tarde la lógica incontestable de los hechos.

Efectivamente, conciudadanos, vosotros conoceis muy bien todos los episodios que tuvieron lugar durante la guerra que nos trajo Napoleon III para imponernos un príncipe extranjero. Sabeis muy bien que la lucha fué cruel, fué terrible, que vencedor unas veces y otras vencido, el pueblo mexicano siempre se mantuvo en armas hasta que logró salir airoso en la contienda, arrojando de nuestro territorio á los invasores.

Hizo mas el pueblo mexicano. Capturado el pobre aventurero príncipe de Hapsburgo, que pomposamente se llamó Emperador de México, lo sujetó á juicio, y la justicia nacional lo condenó á muerte, sentencia que se ejecutó fielmente, mandando luego á Europa el cadáver del rey ajusticiado, como testimonio irreprochable de que en México es imposible la monarquía.

Este fué el epílogo del drama, que comenzó en Puebla el 5 de Mayo de 1862 y terminó el 19 de Junio de 1867 en el cerro de las Campanas de Querétaro, confirmándose así la prediccion de Zaragoza, y teniendo ese drama un desenlace muy natural y justo.

Por ser fiel á la verdad histórica, he traído á vuestra memoria estos hechos; pero yo creo que al recordar con dulce satisfaccion, con santo júbilo las glorias de la Patria, no debemos tener ya rencores para el pueblo frances. La Francia de hoy, no es la Francia de 1861, es decir, el Autócrata que entónces imponia su caprichosa voluntad á aquella poderosa Nacion, ha desaparecido ya de la escena política y social, ha sido para ahora juzgado por la severa historia, y hoy la Francia es Republicana.

Quizá los franceses en su generalidad sentian en aquella época nefasta los desaciertos de su mandarin; mas en lo que no hay duda, es que en la actualidad aquel pueblo emprendedor y laborioso está constituido en República y trabaja por implantar las ideas que nosotros profesamos.

De intento no hé querido tampoco lanzar anatemas á los traidores, á esos desgraciados que estimando en bien poco la honra de su país, quemaban incienso en los altares del conquistador, porque el tiempo de las recriminaciones pasó ya, conciudadanos, y mas que todo, porque el pueblo los conoce mucho para que pueda confundirlos con los patriotas, y por último, porque su misma conciencia que les presenta á cada paso la falsedad de su conducta, es el mejor castigo que podria aplicárseles.

Mas si generosos debemos ser para perdonar, porque cobardía y ruindad es ser rencorosos, necesitamos tambien ser muy cautos para aprovechar la experiencia que la desgracia nos ha hecho adquirir, para aprovechar esa experiencia en bien del país, en bien de la prosperidad general.

Voy á explicarme. ¿Por qué tan atrevida y cínicamente mandó sus legiones el déspota de Francia á nuestro fértil suelo? ¿por qué llegó á imaginarse ese ampuloso Centurion que nos podia imponer un monarca extranjero? ¿por qué afectó olvidar, que un mexicano que se atrevió á ceñir corona, perdió la cabeza con el cetro? Porque nos vió divididos y juzgó, y con razon, que estándolo, seríamos débiles y podria á mansalva disponer á su antojo de la suerte de nuestro país.

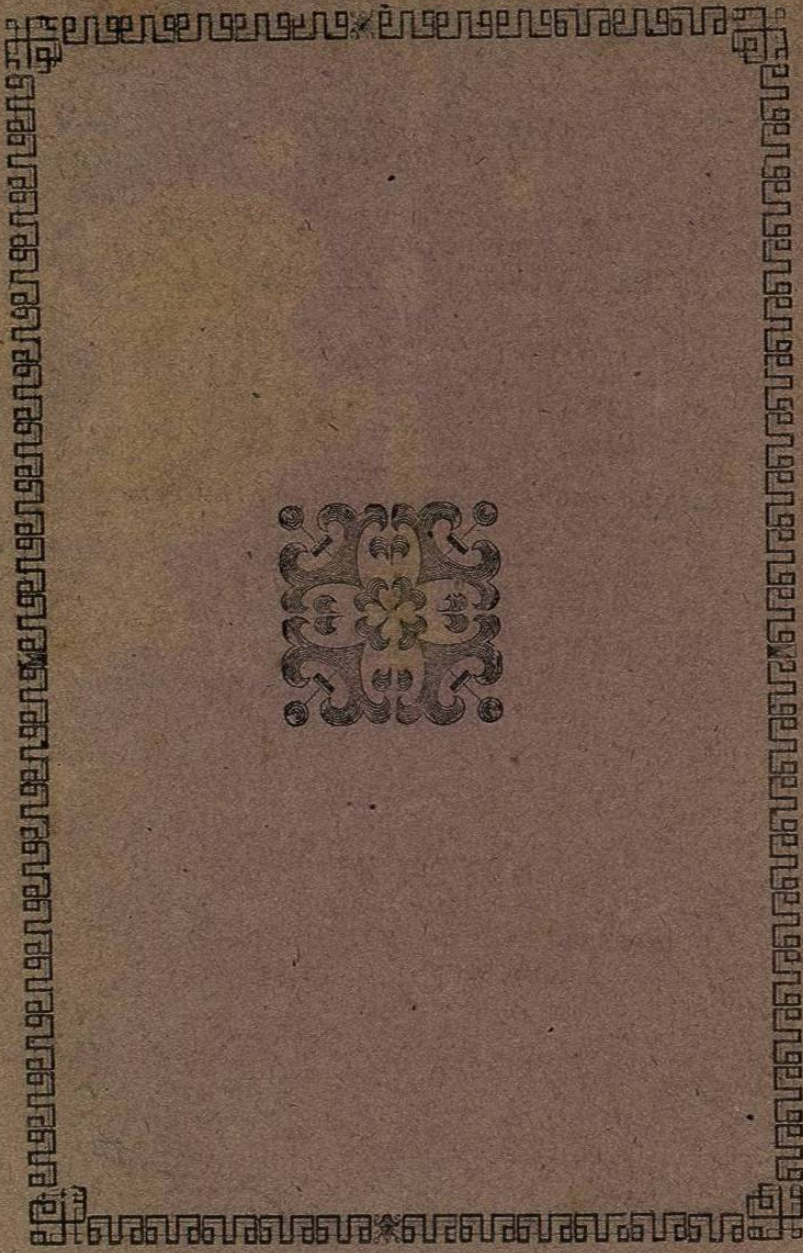
Pues bien, aprovechemos esas terribles lecciones del infortunio para ponernos al abrigo de semejantes peligros, y el modo de conseguirlo, es marchar unidos siempre.— México, conciudadanos, tiene en su seno todos los elementos necesarios para ser una Nacion poderosa, y para conseguirlo, solo le falta gozar de una paz duradera, pues consolidémosla de una vez para siempre. ¿Qué nos falta para ello? ¿Qué nos detiene en la realizacion de ese grande pensamiento? Nada debe detenernos, ¡or fortuna para la República hoy rige sus destinos un Gobierno liberal emanacion ingente de la voluntad nacional, pues agrupémonos todos á su derredor con la firme y resuelta voluntad de contribuir con nuestro grano de arena al sostenimiento del órden, al respeto á la ley, y así presentaremos

ante el mundo gran le y respetada á nuestra querida Patria.

La última revolucion, que ha conmovido al país, vino á quitar por completo el principal elemento que producía el malestar social, la permanencia indefinida de los mandatarios en los puestos públicos, hoy ha cesado esa causa, porque no existe ya la reeleccion. Prudencia y tino para escoger nuestros futuros gobernantes, y habremos conseguido el bien de la República. Para honra de esta, cuenta con muchos patriotas y esclarecidos hijos, que le han probado ya en el terreno de la práctica su decidido amor y que saben sacrificarse por ella.

Trabajemos, pues, conciudadanos, con empeño, con asiduidad y constancia por la union de todos los buenos liberales, procuremos enseñar á nuestros hijos el respeto á la ley, el cariño al trabajo y el santo amor á la Patria, que por lo demas, los mártires ilustres de la Independencia y de la última guerra de intervencion, nos dejaron ejemplós eternos de patriotismo que imitar, y ese sol esplendoroso, que se dibujó en el purísimo cielo de la Patria el 5 de Mayo de 1862, será el faro inestinguible que nos guíe, cuando tenga que defenderse la integridad de nuestro territorio.

Conciudadanos, ¡Viva la República Mexicana! Viva la Independencia Nacional!—DICE.



15

**ALOCUCION CIVICA**

QUE POR ENCARGO

**DE LA JUNTA PATRIÓTICA**

PRONUNCIO

EL CIUDADANO JUAN PEÑA

La noche del 15 de Setiembre de 1879.

PACHUCA.

Luis A. Escandon, tipógrafo.

1879.